

**Los
años
rotos**



Vino a abrirme el padre de Cesare. Llevaba un batín gris forrado de franela roja. Me saludó moviendo ligeramente su gran cabeza entrecana y me sonrió alegremente, como de costumbre, apartándose con aire malicioso.

—¿Buscas a Cesare?

—Sí.

—Espera, que lo llamo.

Cesare ya me había oído llegar y le gritó a su padre que me hiciera pasar a su habitación.

—Está estudiando —dijo el padre, guiñando un ojo—. Exámenes dentro de un mes.

Me acompañó hasta la habitación de su hijo y allí se detuvo, con los dedos en la manilla.

—¡Qué bueno es! Estudia mucho —dijo, sin decidirse a abrir.

—Bien, pues me voy a leer el periódico —añadió con una sonrisa tímida—. No tengo otra cosa que hacer: el periódico, la radio y, de vez en cuando, un café.

Por fin abrió la puerta y me dejó pasar. Luego volvió a cerrarla con delicadeza y lo oí alejarse arrastrando las pantuflas.

—Llevo media hora esperándote —dijo Cesare.

—Tenía cosas que hacer.

—¿Qué cosas?

Me encogí de hombros. Cesare me miró arrugando la frente. Se observó las manos alargadas y bien cuidadas, con las yemas planas.

—Espera un momento, que termino el capítulo. Siéntate.

La habitación estaba abarrotada de muebles. Las contraventanas estaban entrecerradas. Había un olor denso a humo y a polvo. Cesare estudiaba en bata, con los codos apoyados en el escritorio. Tenía la mesa llena de libros.

La luz le aclaraba el pelo, que llevaba largo sobre la nuca. Un mechón rubio le resbaló sobre la frente. Se lo echó hacia atrás con los dedos y volvió a mirar el libro con ojos atentos.

—No puedo —dijo poco después apartando el libro.

La bata se le abrió sobre el pecho liso y sin vello.

—¿Te apetece? —añadió, cambiando el tono de voz.

—Sí.

—¿Por qué no has venido antes? No puedo estudiar cuando te espero.

—Mi padre. Con sus seguros —dije.

—Ya estás con lo de siempre.

Me quité el abrigo y la bufanda.

—Deberías vestirte mejor cuando vienes a verme. No me gusta verte siempre con el mismo jersey sucio.

—¿Quieres decir el vestido azul?

—Ese u otro. Pareces una andrajosa. Mírate —dijo levantándose y señalándome el espejo del armario.

Vi el cuello del jersey dado de sí y los cercos descoloridos por el sudor bajo las axilas. Agaché la cabeza.

—¿A que sí?

Asentí.

—No me irás a decir que tu padre no tiene dinero para comprarte un jersey nuevo. Uno de mil liras en el Upim.¹

—Mi padre ni se entera de estas cosas —dije, y reí—. Mi padre trabaja en una compañía de seguros. Piensa solamente en sus cosas. A la familia, ni la ve. Pero lo de debajo está limpio. La ropa interior me la lavo yo misma.

—Desnúdate —dijo Cesare, y cerró el armario. Acercó su gran cabeza rubia a la mía. Tenía los ojos azules, grises y amarillos, como los de un gato. Y los dientes anchos y cortos.

Nos desnudamos y nos metimos bajo las sábanas.

—Se me ha olvidado cerrar la puerta con llave —dijo, apoyándose sobre un codo—. ¿Me levanto yo?

—Pero tu padre no vendrá —añadí.

—Vete a saber. A veces pienso que me espía por el ojo de la cerradura. Papá es como un niño.

—¿Por qué mira?

—Por curiosidad. Le divierte.

Sentía sus pies fríos contra mis tobillos. Me apretó hasta dejarme sin respiración. Acabó en seguida, se echó a un lado y se durmió. Yo me puse a mirar el techo, que parecía un bordado. Tenía dibujos rosas, violetas y negros, flores grandes como bandejas y hojas brillantes y rectas como espadas. Conté los pétalos de una de esas flores. Eran doce, ya lo sabía. Pero siempre volvía a contarlos, como si no estuviera segura. Bajo mi brazo notaba el hombro suave y caliente de Cesare, que se alzaba y descendía con cada respiración.

¹ Nombre de unos grandes almacenes especialmente populares en Italia en los años sesenta. (*N. de la T.*)

De las paredes colgaban enmarcadas unas fotos de Holanda. Un molino, un canal, prados grandes y verdes, un mar agitado y gris con veleros y gabarras llenas de flores amontonadas.

El teléfono sonó junto a la cama. Cesare alargó una mano y se llevó el auricular a la oreja.

—¿Dígame?

Rápidamente puso una voz dulce y habló como si estuviera solo. Era su novia.

—Sí, estoy estudiando. No, esta tarde tengo que estudiar. Mañana a las cinco, ¿vale? Sabes que te adoro. Te mando un beso, sí. Mándame tú otro.

Cuando dejó el teléfono se volvió hacia mí, con una sonrisa avergonzada.

—¿Te molesta?

—No.

—¡Qué cosa más estúpida, el matrimonio! —dijo apretándome contra él.

—¿Por qué te casas con ella?

—Ya ves. No lo sé ni yo.

—¿Cuándo es la boda?

—En abril. Tendremos que dejarnos, ya lo sabes.

—Ya me lo habías dicho.

—¿Y si después me sigue apeteciendo estar contigo?

—No sé qué decirte.

—De todos modos, no tendré tiempo. Tengo que terminar la carrera este año. Me gustaría ganar algo de dinero, no quiero que se diga que me he casado con una rica para que me mantenga.

Bajó de la cama, se puso la bata y se la remangó sobre sus brazos rubios, donde se veían las venas azuladas. Se llevó las manos a la garganta. Dijo que le dolía.

—He fumado demasiado estos días. Pero ¿cómo se puede estudiar sin fumar? —Encendió un cigarrillo y me lo pasó—. ¿Quieres?

Negué con la cabeza. Le dio una calada y expulsó el humo por la nariz y por la boca, lentamente.

—Vístete. Ahora ya puedo ponerme a estudiar con más calma. Necesito concentrarme.

Abrió la puerta y asomó la cabeza.

—No veo a mi padre. A lo mejor ha salido. Bueno, yo voy a la cocina a prepararme un café. Ven, te preparo una taza a ti también —dijo, y se dirigió hacia el fondo del pasillo.

Encontramos a su padre en la cocina, sentado junto a la ventana, con la mirada fija en el periódico, aunque parecía que dormía. Nos sonrió y volvió a leer el periódico.

—Pescado contaminado por las radiaciones. Es de locos —dijo de pronto, alzando la cabeza.

—¿Quieres café, papá?

—Sí, un poco. «El pescado, descargado ayer en el puerto de Génova...» —leyó—. Muy bonito —dijo, golpeando la hoja del periódico con la mano abierta—. Como para envenenarnos a todos —añadió, y le dio un sorbo al café.

—Un poco más de azúcar. Muy bien, Cesare —continuó mientras alzaba la vista del periódico—, preparas el café mejor que yo.

En cuanto acabó de beberse, Cesare me empujó hacia la puerta de entrada, ignorando al padre, que seguía comentando en voz alta las noticias del día.

—Adiós, bonita —me gritó desde la cocina el padre.

—Pero ¿tu padre no se da cuenta de lo que hacemos? —pregunté.

—Hace como que no se entera. A él, con que no le molesten, le basta.

—Es discreto —dije.

—¡Qué va!

Cerró la puerta detrás de mí y yo bajé por las escaleras despacio, recordando su cuerpo caliente y nervioso durante el sexo y sus gestos bruscos, entre la rabia y la timidez.

Mi padre no estaba en casa cuando llegué. Poco después llegó mamá. Cansada, de mal humor, se fue directamente a su habitación y se tumbó en la cama.

—¿Te ha dicho algo? —me gritó de pronto, ansiosamente, a través de la puerta abierta.

—No.

—Tienes que ser más lista. Haz que te desee. Y, sobre todo, no le concedas nada. ¿Está claro?

—Sí.

Mamá empezó a desnudarse en su habitación fría y sin adornos, a la débil luz de una pequeña bombilla sin pantalla, y de vez en cuando me gritaba algo acerca de Cesare.

—¿Qué?

—Digo que deben de tener una buena posición esos Rapetto. Nunca me has contado cómo es la casa. ¿Cuántas habitaciones tiene?

—No lo sé.

Procuré no mirarla mientras se quitaba el corsé y buscaba la bata en el armario. Me hacía pensar que un día me volvería como ella, gorda, con las carnes flácidas y llena de arrugas.

—Tú nunca sabes nada. Deberías mostrarle más respeto a tu madre. ¿Se te olvida que te llevo cuarenta años? Sé de la vida más que tú, así que te conviene hacerme caso si no quieres acabar mal. ¿Me has entendido?

No le importaba mucho si le respondía o no. Mientras me hablaba así, se examinaba minuciosamente la piel en el

espejo e, inclinando la cabeza, se cogió un mechón de pelo con los dedos para comprobar si el tinte aún aguantaba. Luego se sentó en la cama y se puso a masajearse los pies cuchicheando para sí misma.

—¿Has estudiado? —preguntó, por fin, tras un largo silencio.

—No.

—Me gustaría saber cómo piensas sacarte el título si no estudias nunca.

No le contesté. Fue a coger mis libros y me los abrió sobre la mesa.

—Estudia —insistió, empujándome hacia la silla.